

Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

5 rs. por trimestre en Madrid.
Administración, Jardines, 11, librería.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los toma y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

ALMANAQUE CÓMICO

DE EL CASCABEL.

Este Almanaque, escrito por nuestros mas distinguidos escritores, se publicará en diciembre próximo, y se regalará á todos los suscritores actuales que renueven su suscripción antes de terminar el citado mes, y á todos los que se suscriban por tres meses, lo mismo en Madrid que en provincias. Estos remitiran al pagar su suscripción un sello mas por el porte del Almanaque. — Contendrá infinidad de noticias curiosas, y procuraremos en él hacer reir á los lectores.

ANUNCIOS EN EL ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

La gran publicidad que tiene este periódico y el precio que pondremos al *Almanaque cómico*, nos permiten asegurar á los anunciantes que los anuncios que se inserten en el mismo serán leídos por mas de 24,000 personas. Hemos fijado la tirada en 30,000 ejemplares.

Se reciben anuncios de Madrid y de provincias para insertarlos en el *Almanaque cómico*, á medio real linea, en la ADMINISTRACION DE EL CASCABEL, calle de Jardines, núm. 11, librería; hasta el 20 del corriente mes.

LA ENVIDIA.

Están sujetos los humanos á miserables pasiones, de las que solo triunfan la educación, el trabajo y la religion.

Son estas deleznable pasiones enfermedades morales que, así como las físicas, destruyen el cuerpo, matan el alma y privan al hombre de todo buen sentimiento, de la paz de la conciencia y del aprecio de sus semejantes.

A combatir el desarrollo de las malas pasiones deben conducir los esfuerzos de los encargados de dirigir la educación, y de los escritores públicos. Estos hallarán mejor galardón empleándose en tan buena obra, que gastando su inteligencia en ardientes polémicas políticas, casi siempre estériles.

Ovidio escribió de la envidia con suma elegancia, y mostró sus dañosos efectos con pasmosa verdad; pero nada se ha dicho en este asunto que pueda igualar á la descripción que de tan abominable vicio hace San Basilio el Grande. «La envidia, dice, es un dolor que hay en los hombres por el suceso feliz y próspero que ven en sus prójimos, por lo que el envidioso nunca está libre de tristeza y de molestia, porque si vé que el campo de su prójimo es fértil, y que en su casa se hallan todas las comodidades de la vida, esto al envidioso le aumenta el mal y le acrecienta el dolor. Vé á uno que es fuerte y robusto, y esto le dá pena. Vé á otro que está dotado de prudencia y facilidad en el decir, y esto le consume. Mira á otro que está rico y que es liberal con esplendidez, y por esta razon alabado de los que han recibido de él beneficio, y esto al envidioso le

atraviesa el corazon. Tiene tambien el que está poseido de la envidia una gran maña para disminuir el mérito de las cosas laudables de su prójimo, y aun las virtudes que en este se hallan suele pintarlas como vicios muy feos. Así, al que es fuerte, halla modo de que le tengan por temerario y audaz, y al que es templado le llama indolente, al prudente engañador, al liberal pródigo, al económico mezquino, y en fin, todas las virtudes las quiere confundir con los vicios que se les parecen. Y tiene este vicio la propiedad de que el que está poseido de él, no lo puede encubrir, porque aunque nunca quiere el envidioso confesar que lo es, con todo se le sale á la cara, y en ella se le conoce claramente, porque tiene los ojos avidos y oscuros, el rostro caído, las cejas arrugadas y el ánimo turbado, y en oyendo hablar de las fortunas del prójimo, todo se inquieta é inmuta.»

Aísla la envidia al hombre en medio de sus hermanos, y la pasión que le domina le conduce al desprecio de los hombres de sano corazon, á la horrible pena de no sentir ni hacer sentir ningun dulce y grato afecto, á vivir dentro de sí mismo, á solas con la envidia, que roe y corrompe su corazon y embota su inteligencia.

El sabio francés Jouy cita este horrible ejemplo:

«Existía en un pueblo de Francia una magnífica fábrica, de la que eran dueños dos hombres, compañeros desde la infancia, uno de los cuales era distinguido y amado por su actividad, aplicación y sus nobles prendas, al paso que el otro inspiraba general antipatia por su carácter brusco y desabrido, y por manifestarse en él una envidia y un egoísmo superiores á todo encarecimiento, y tanto, que ni se cuidaba siquiera de disimular tan miserables pasiones. Un día, un horrible incendio redujo á cenizas la fábrica, y sus dueños quedaron completamente arruinados. Púes algún tiempo despues, hablando al envidioso de la impresión que habia hecho en su socio y compañero aquella ruina inesperada, brillaba la alegría en el rostro de aquel miserable, y parecia como olvidado de su propio infortunio para regocijarse con el de quien habia sido su amigo y compañero.»

La envidia arrastra á todo género de crímenes al infeliz que la padece, porque el envidioso, aun que no tema mal ninguno de parte del envidiado, considera como un mal muy grande verse privado de las felicidades que otro consigue, y en lugar de ir contra sí mismo, ciegamente vá contra el que las posee. Tal es su torpeza, y tales las tinieblas con que tan desastroso vicio ofusca su razon.

El sabio D. Andrés Piquer, en su *Filosofía moral*, publicada en el siglo pasado, habla de la envidia con notable talento. Oigámosle:

«A sí mismo se hace mal el envidioso, porque se priva de la quietud del ánimo, que es lo mas estimable en esta vida, y anda sofrito y lleno de congoja por una cosa que no le acarrea ningun bien. Así decia Píndaro, que el que tiene envidia á otro, primero se daña á sí mismo que al envidiado, porque dado que á este le llegue á pro-

ducir algún mal, primero le experimenta en sí propio con el sumo cuidado y desazon que la envidia trae consigo. Fuera de esto, el envidioso no ejercita jamás con sus prójimos la beneficencia ni usa de la benévolencia hácia ellos, por donde falta á todos los actos de la caridad. La universalísima máxima impresa en la misma naturaleza de no dañar jamás á nadie, no se halla en ejercicio en los envidiosos, pues ya que no pueden con las obras, á lo menos intentan hacer mal á los prójimos con los deseos. Por eso han dicho con acierto algunos sábios que la envidia solo se halla en ánimos pequeños y abatidos, pues no pudiendo ellos elevarse, no gustan tampoco de ver que se eleven los demás. Por otra parte, ¿qué necedad mayor puede haber, que desear yo ver á otro privado de los bienes que á mí no me sirven? ¿Puede hallarse mayor indiscrecion que pretender que nadie tenga lo que yo no alcanzo? Fuera conveniente que esta clase de personas pensase que querrian se hiciese con ellas si se hallasen con méritos, con estimacion, con aplausos y con riquezas. Seguramente no quisieran que esto les faltase, y tendrian por injusto á cualquiera que solo con el deseo intentase desposeerlas.»

Hay envidiosos en todas las clases de la sociedad y en todas las profesiones, pero en política y en literatura, el número de los envidiosos es verdaderamente extraordinario. La envidia suele ser el secreto, es el móvil principal de esas polémicas ardientes y apasionadas, en las que se usan toda clase de armas, en las que se prescinde de toda consideracion y respeto, que escandalizan y nada enseñan al lector, y desprestigian á los que las sostienen, en vez de dedicar su inteligencia y sus esfuerzos á la ilustracion del pueblo, á la ciencia de la moral y de la política sensata y útil, al mejoramiento de la industria y de la agricultura, y al esplendor de las artes y las letras. Hay hombres de talento envidiosos, — tal es la funestísima y poderosa influencia de esa pasión, que hasta penetra en inteligencias no vulgares, — y los hombres de talento envidiosos son doblemente dignos de lástima, porque la envidia que les domina les priva de que su talento sea útil y fecundo. Ocupanse en criticar á los demás, cuando debian hacer por valer tanto, ó mas, que los que mas.

La envidia es una enfermedad moral incurable; este instinto se manifiesta ya en los primeros años de la vida del hombre, entonces se cuida poco de combatirlo, suponiéndole uno de tantos errores que la reflexión y la edad corrigen; y este es el mal, esta la causa de que el vicio se arrague y se desarrolle á medida que se forma la razon, y se haga por consiguiente de todo punto incurable.

Concluiremos este artículo que, aunque no es festivo, no creemos ha de parecer inoportuno á los lectores de EL CASCABEL, copiando lo que dice un escritor contemporáneo acerca de la envidia en las mujeres:

«La mujer envidiosa, dice, es un peligro en la sociedad y una calamidad en la familia. No hay nada malo se entiende, de que no sea capaz una mujer envidiosa. Créo que la en-

vidia en las mujeres puede ser hasta una enfermedad contagiosa; por eso, si yo tuviera hijas, dedicaria especial cuidado á impedir que conocieran y trataran intimamente á ninguna mujer envidiosa.

La mujer que es víctima de esta horrible pasión, no es mujer; no es mujer, porque precisamente el carácter que la naturaleza ha dado á las mujeres y los dulcísimos deberes que Dios les impuso, rechazan la envidia como todas las pasiones mezquinas, todas las pasiones que no debieran nunca profanar á las que han venido al mundo con la nobilísima y consoladora misión de ser madres y compañeras del hombre —La mujer envidiosa es perversa precisamente; para ella no hay amistad ni amor; todo es envidia, todo es odio. Las mujeres que valen mas que ella física ó moralmente, son siempre sus víctimas. —¿Cómo ha de ser buena esposa, cómo ha de ser buena madre la mujer dominada por ese mezquino sentimiento? —A la envidia pospone el amor á sus hijos, el honor de su esposo, todo, absolutamente todo. —En el hogar profanado por una mujer envidiosa no puede haber paz ni prosperidad. —La envidia aconseja mal siempre, y la mujer dominada por la envidia, oye siempre sus consejos y siempre los sigue. —Una mujer vana podrá ser honrada; la mujer envidiosa deja fácilmente de serlo, porque no hay nada á que no se muestre propicia para dar satisfacción á la envidia, y la envidia no se satisface mas que de malas acciones.

Y basta, y perdone el lector las dimensiones y la gravedad de este artículo en gracia de la buena intención que nos ha guiado al publicarlo.

LOS AMANTES FIELES.

CRÓNICA CÓMICA.

El señor del Puño en la mano poseía un castillo de gótica estructura, lleno de torres, murallas y fortificaciones, y rodeado de fosos; un enorme puente levadizo daba entrada al castillo, cuando se hacía la señal para que el tal puente se bajase por un enano colocado constantemente de centinela en una de las torres con un cuerno en la mano, que era el instrumento que servía para dar la señal, y que el tal enano tocaba con singular maestría.

No se penetraba fácilmente en el castillo del señor del Puño en la mano; pero en aquel tiempo los señores no se manifestaban mas que rodeados de una numerosa guardia; sus vasallos no podían acercarse á ellos, y aunque hubieran podido, ninguno lo hubiese intentado, porque todos temblaban y se estremecían no mas que al oír pronunciar el venerado nombre de su amado dueño; y en aquel tiempo el señor y dueño no veía inconveniente ninguno en mandar apalea y colgar á los vasallos que se permitían asomar las narices por allí cuando á él se le hinchaban por cualquier motivo ó estaba de mal humor.

El señor del Puño en la mano tenía una mujer hermosa, pero un si es no es coqueta; y en aquel tiempo los maridos no permitían á sus mujeres que fuesen coquetas. La castellana, sin pedir permiso á su consorte, había sonreído á un apuesto caballero que había roto lanzas en un torneo con singular arrojo y gentileza. El señor del Puño en la mano era celoso, y en aquel tiempo un hombre celoso era tan temible como hoy un toro de Jarama. Había advertido la sonrisa y la mirada dirigidas por su mujer al galán, y en lugar de convidarle á comer y á acompañar á su esposa al teatro, como se practica en la actualidad, encerró á la pobre en una de las torres del castillo, dándole pan y agua por todo alimento, y por única distracción el placer de verle una vez al día.

Pero en aquel tiempo una mujer no jugaba con su marido, ni podía darle mas vueltas que á un peon: la desdichada castellana creyó que lo mas sencillo era morirse de pena, y se murió, porque en aquel tiempo una mujer se moría de pena cuando había faltado, aunque no fuese mas que de pensamiento, á su marido. La historia no dice, sin embargo, si se murió arrepentida de su falta, ó de la pena que le causó la ausencia del donoso mancebo; es un punto que debería aclararse, y se lo recomiendo á los sabios historiadores.

Quando el señor del Puño en la mano vió muerta á su mujer, no la lloró, lo que fué muy mal hecho,

ni siquiera la elevó un mausoleo, ni hizo grabar en la lápida versos en honor de la difunta; pero en aquel tiempo parece que los tiranos no sabían disimular.

La castellana había dejado una hija á su esposo, y como esta hija había venido al mundo mucho antes de que su madre hubiese sonreído al caballero del torneo, el señor del Puño en la mano la profesaba un singular cariño. Cunegunda era el objeto de todos sus cuidados, su mas cara esperanza, lo que no le impedía tenerla constantemente encerrada en su castillo y no dejarla ver mas que una dueña fea, sucia y regañona, no permitiéndole otra sociedad, ni baile, ni juegos, ni paseos extramuros, ni dándole maestro ninguno, porque en aquel tiempo una muchacha estaba suficientemente instruida cuando sabia bajar los ojos y hacer una cortesía.... Consolémonos con que las muchachas de hoy saben mucho mas que eso.

Un joven trovador, que vagaba por los alrededores del castillo, llegó, sin embargo, á hacer comprender á Cunegunda que la hallaba encantadora y que se abrasaba de amor por ella. Cunegunda no debía tener los ojos bajos cuando vió las miradas del interesante trovador; pero en aquel tiempo todas las muchachas tenían frecuentes distracciones, ni mas ni menos que ahora. Además, Cunegunda se parecía á su madre, y era, como aquella víctima del amor y del deber, estremadamente sensible. El trovador no se picaba ni se corría, y se fué muy serio á pedir al señor del Puño en la mano la de su hija Cunegunda; pero el citado señor tuvo la crueldad de negársela, á pretexto de que nada poseía el pretendiente, porque en aquel tiempo tambien se tenía en mucho el dinero. El trovadorcito, desesperado, quiso dejarse morir de amor; pero como el amor no mata de pronto, pensó que era mejor ir á hacerse matar en Palestina, porque en aquel tiempo muchos cristianos se hacían degollar por los sarracenos, no quedándose ellos cortos, por decontado.

El trovador partió, jurando á Cunegunda siempre por señas y á respetable distancia, que le sería fiel hasta la muerte. La niña, que comprendía perfectamente todas las señas, le hizo, por su parte, el mismo juramento, y en aquel tiempo se cumplían los juramentos.

Veán ustedes qué desgracia: apenas partió el trovador, murió el señor del Puño en la mano, llevando al sepulcro el amor de sus vasallos y de todos los que le habían conocido: esto, á lo menos, dijo el capellan del castillo al hacer su oración fúnebre. Pero en aquel tiempo la muerte hacia de un bribon un hombre honrado, y de un desalmado un hombre virtuoso; y aun hace algunos prodigios del mismo género en la actualidad, pues apenas hay muerto de quien no se diga que ha sido buen padre, buen hijo, buen esposo y buen ciudadano, lo cual hace mucho honor á los tiempos que alcanzamos.

Quedó, pues, Cunegunda dueña de su suerte; con ansia deseaba tener noticias de su adorado y comunicarle la lausta de la muerte del tirano; pero aturrido por el dolor, el fiel amante se había olvidado de dejarle las señas, y en aquel tiempo el servicio de correos estaba aun mas descuidado que ahora: tuvo, pues, que resolverse á esperar que el cruzado diese cuenta de su persona.

Cunegunda esperó un año, dos años, tres años, veinte años.... En aquel tiempo las mujeres tenían muchísima paciencia. Presentábanse muchos caballeros, á cual mejor, que pretendían hacerla olvidar al trovador, pero ninguno lo pudo conseguir. En fin, al cabo de treinta años volvió el pobre mozo á su patria; había sido hecho prisionero por los infieles; ¡figurense ustedes qué alegría le dió volver á ver á su amada! y no le sorprendió absolutamente que le hubiese guardado el corazón la tierna Cunegunda, porque en aquel tiempo se creía en estos milagros.

El trovador estaba un poco cascado, un poco calvo, y magullado, y arrugado; el sol de Palestina había tostado su tez y blanqueado los cuatro pelos que le quedaban, y los infieles, por vía de entretimiento, le habían echado algunas muelas fuera de la boca. Por su parte, Cunegunda, no estaba ya tan fresca, ni tan linda, ni tan esbelta; pero siempre tenía los ojos bajos, menos cuando se distraía, y hacia las cortesías con singular elegancia y dignidad. Sin embargo, los dos amantes se volvieron á ver como si se hubieran visto el día antes, sin reparar en los respectivos desperfectos.

¡Qué buen tiempo aquel!

¡FRIO!

(LETRILLA.)

¡Qué siento yo cuando Inés me habla de la carestía, la enfermedad de su tía, y el amor y el interés, y me dice: —¿En tí confío? ¡Frio!

¿Qué siente la bella Eustoquia cuando me pregunta cuándo podré, su afán terminando, conducirla á la parroquia, y yo, callando, me río? ¡Frio!

¿Qué siente un ministro el día que se vé en la precision de firmar la dimision, quizá cuando se fingia eterno su poderio?... ¡Frio!

¿Y qué siente el empleado al ver noticia oficial de cambio ministerial, y que el ministro nombrado ni es su padre ni su tío? ¡Frio!

¿Qué la jamona preciada que aun tiene fuego en el pecho, cuando vé al dejar el lecho en su rostro señalada la huella del tiempo impio? ¡Frio!

¿Y qué siente un pobre autor cuando al terminar su drama, el público no le llama, ó le silba con furor, y le humilla poco pio? ¡Frio!

¿Qué siente un marido al ver que siempre le vá escoltando turba de pollos piando en torno de su mujer, que le trata con desvío? ¡Frio!

¿Qué siente doña Nemesia que tiene tres hijas, tres! viendo que capaz no es de llevarlas á la iglesia ni el hombre de mayor brio? ¡Frio!

¿Y qué siente don Liborio cuando su esposa Liboria por dar á Liborio gloria anda siempre de jorgorio, y le mete en mas de un lío? ¡Frio!

¿Y qué siente El CASCABEL al ver que todos estamos hoy á ver lo que pescamos, según el refrán aquel de lo revuelto del río? ¡Frio!

CASCABELES.

LA ENVIDIA.

Tanto dicen que preocupan á Napoleon los asuntos políticos, que hace tiempo tiene suspendida la obra que escribía, titulada *Vida de Julio César*.

Después de *La muerte de César*, que todos hemos leído ya en España, ¿quién resucita á César?... ¡Frio!

En el cartel del Teatro de Variedades se veía en letras grandes días pasados:

—¿Se sabe quién gobierna?
—¡Abrame V. la puerta!
Estos son los títulos de dos comedias, pero parecían pulla.

Porque aplaude á la Patti entusiasmado de su marido Inés se ha separado.
¡Ay! El casado todo lo ha de ver sin que le guste mas que su mujer.

En la Plazuela de Isabel II han puesto la estatua de la comedia. Los abonados del teatro Real tratan de sustituir la de Bagier, que encargarán á uno de los mas acreditados puchereros de Alcorcon.

No sabiendo qué hacer, una mañana se tiró D. Ginés por la ventana.
Madre es la ociosidad de todo vicio y engañados nos lleva al precipicio.

Algunos periódicos de provincia se quejan del mal estado de algunos caminos.
Aquí no se cuida mas camino que el del presupuesto.

El drama de espectros *El Sueño del Malvado*, tiene un buen primer acto, y dos actos bastante malos. En la ejecución se han distinguido muy mucho Teodora Lamadrid y el señor Arjona.

Los maridos escamados, aquellos que tienen mujer bonita y muchos que la hagan la rueda, llaman también

espectros á los adoradores de la belleza de su propiedad; en justa compensacion, estos llaman tambien espectros á los maridos.

Los acreedores ya no tienen este nombre ni el de ingleses con que hasta ahora se los ha distinguido; ahora se llaman espectros.

Los ministros llaman tambien espectros á los periódicos y diputados de oposicion.

—Tia, ¿por qué está V. á oscuras y no viene á la sala?

—Déjame, niña, que estoy viendo si se me aparecen los espectros de mis tiempos.

—General, ¿por qué no vá V. á ver los espectros?

—¿Para qué? Ese espectáculo no es nuevo para mí; yo veo en cuanto me quedo solo una multitud delante de mí, y maldito el efecto que me hacen.

Un autor trata de hacer en una obra dramática un efecto de espectro atroz, que erize los pelos de todo el que los tenga y haga desmayarse á todas las mujeres y llorar á todos los niños. El autor suplicará al señor Ferrer del Río que haga el espectro; creemos que el censor de teatros no permitirá la representación de esta obra.

Hemos visto en los periódicos ingleses una carta en que el amigo Garibaldi pide á su amigo Víctor Hugo un millon de fusiles ó de dinero para comprarlos. Víctor Hugo le contestó con muy buenas palabras, pero no creemos que le envíe el millon de fusiles. Y aquí debemos notar una falta garrafa de Víctor Hugo. Dice este poeta:

«Necesitais un millon de fusiles; tambien necesitais sobre todo un millon de brazos, un millon de corazones, etc.»

Nos parece que si necesita un millon de fusiles, no necesitará ménos de dos millones de brazos, á no ser que hayan de ser mancos los que se repartian esos pocos fusiles que pide el amigo Garibaldi.

¡Válganos Dios! ¡qué cosas se ven en el siglo XIX!

Rompióse Gil un hueso, cayendo en la escalera del Congreso. Hoy no se puede ser impunemente político. —Lector, tenlo presente.

El juguete Dos pichones del Turia gusta mucho á los valencianos. Cubero hace un valenciano que no hay nada que pedirle.

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

Consumatum est

(Continuacion.)

—Pero hombre, le observé, recordando que yo era dueño de 10,000 duros, y sospechando que aquella plebe trataria de establecer la ocloracia ó cosa por el estilo, ¿no conocen VV. que van á salir con las manos en la cabeza? ¿Les parece á VV. que el pueblo sensato secundará el movimiento revolucionario?

—¡Qué movimiento, ni qué calabazas! repuso admirado el profesor de la orquesta, que era el que tocaba los timbales.

—Pues ¿qué intentan VV.?

—¡Qué! Nada que no esté en el orden, queremos que nos paguen, y si no nos pagan hoy mismo, le rompemos la cabeza al director. ¡Pues qué! Le parece á V., señor, que estemos días y días tocando á mas y mejor, y no cobremos un real, mientras que entre la dama y el galan se llevan todo lo que entra en el despacho? Digo ¡y nosotros! que el que menos tiene cinco ó seis criaturas que le piden pan...

—Es claro, añadió llegándose á nosotros una de las partes de por medio, y no solo eso, sino mil gastos que tenemos los artistas. Ya vé V., no nos hemos de presentar delante de un público, como en casa ó en la calle; tenemos que vestir bien, porque de vestir bien es de lo que mas debe cuidar el actor.

El que así hablaba se vestia casi siempre de librea, porque casi siempre hacia papeles de cocheró, lacayo, uger ó portero.

—Si no les pagan á VV., será porque no puedan, re-

Parece que en lo sucesivo, para llevar gente á los estrenos de dramas, comedias y zarzuelas silbables, saldrá al final el espectro del autor. Con este importante aliciente, las obras malas darán á las empresas tanto ó mas dinero que las buenas.

A la esposa gentil de D. Leoncio le ha dado en los espectros un sponcio. Señoras hay que por dos mil razones, están temblando ver apariciones.

La empresa de la Zarzuela ha hecho traducir la ópera italiana Pipelet, para mayor gloria del género.

Tambien se ha traducido con la música francesa y con el mismo fin la ópera Orfeo en los infiernos, que dará muy buenos resultados, porque se lucirán las piernas en su representación. Por Dios, que le pongan un par de espectros.

En el teatro de Novedades se ha representado La Carcajada, drama difícilísimo para el actor que desempeña la parte de protagonista. Tenemos mucho gusto en consignar que el señor Ortiz está muy acertado, desempeñando esa parte con verdad é inteligencia.

La compañía de zarzuela que actúa en el teatro de Zaragoza, gusta cada vez mas á aquellos habitantes. La señora Santamaría y el tenor Sanz, han logrado captarse todas las simpatías y reciben de los ilustrados zaragozanos inequívocas muestras de aprecio.

En el teatro principal de Barcelona vá á ponerse en escena el drama de espectros representado en el del Príncipe de Madrid.

En el Conservatorio hubo noches pasadas distribución de premios, con asistencia de SS. MM.: como el secretario Sr. Hernando, nuestro amigo, no tuvo la atencion de remitirnos billete, no podemos dar nuestra opinion sobre el mérito de los alumnos premiados; que no hemos de copiar en cuestion de arte el parecer de los periódicos políticos, por mas que sean estos competentes en todo.

Nos remite un apreciable suscriptor de Alcañiz el programa de una funcion verificada el domingo último en aquella plaza de toros, y nos apresuramos á publicarlo para que nos digan los lectores si es posible escribir mas disparates en menos líneas.—He aquí este curioso documento, cuya fama durará tanto como la del joven señor Fuente Alcázar, que es uno de los hombres que han de lograrla eterna:

puse queriendo aplacar las iras de aquellos rebeldes.

—Pues que hagan un poder, ó cierran el teatro.

—Y no habrá medio de arreglarlo todo?

—El dinero es el medio mejor, contestó el músico.

—Pero el medio de tener dinero, observó otro músico que poco á poco se habia ido acercando, ya lo propuse yo el otro dia, y si se adoptara, es seguro que la gente vendria al teatro y tendríamos veinte llenos seguidos, con lo cual todo podría marchar después como un reloj.

—Y cuál es ese medio? le dije.

—Es muy sencillo; poner en escena una de las diez óperas españolas que yo he compuesto, y que por envidia, no por otra cosa, no me quieren admitir en el teatro Real ni en la Zarzuela.

—Y V. se promete?

—¡Oh! Si, señor, mi ópera daría buenas entradas; porque, lo que yo digo, el dia que el público oiga buena música y comprenda perfectamente la letra escrita en castellano, no tenga V. duda, la ópera italiana habrá perdido el pleito para siempre, ¿Por qué no va nunca mi mujer al teatro Real? Por eso, porque, como ella dice, la música muy bonita, si señor, las decoraciones primorosas, los trajes muy vistosos... pero se queda uno en ayunas del argumento. Pues hágase V. cuenta que lo mismo que mi mujer dice el público.

—Eh! No le haga V. caso, añadió otro profesor; este está loco con sus óperas y no sabe lo que se dice.

—Lo que aquí convenia, dijo el guarda-ropa terciando tambien en la conversacion, era tener una comedia de magia, ó un drama como Los Perros (estos perros son Los Perros del Monte de San Bernardo, pero la gente de teatro abrevia siempre los títulos de las comedias viejas) ó El terremoto, ó volver á sacar La Pata (la de Cabra, por supuesto), lo cual no costaria mucho, porque con hacer algunos trastos y remendar el telon de la fragua, estábamos del otro lado; pero como D. José (este era el director de escena y primer galan) dice que no quiere rebajarse á hacer graciosos...

—Pues amigo, añadió el primer actor del género cómico, que llegó como llovido del cielo, si no hubiera sido por mí, antes hubiéramos tronado, y si se siguiera mi consejo, otro gallo nos cantaría, y no estaríamos echando el alma por la boca para trabajar sin mas espectadores

«Agradecido el director de la innumerable concurrencia y de los elogios y aplausos recibidos de los ilustrados alcañicenses y pueblos limítrofes, faltaria en un todo al deber que la gratitud le ordena si no les presentase otro espectáculo enteramente nuevo por la intrépida picadora y matadora doña Anastasia Marco Bericoechea: la cual despues de los variados ejercicios por la compañía acróbata, se presentará á picar un toro embolado, de 5 años, el que despues de picado lo banderilleará sobre el caballo, clavándole banderillas al estilo romano, segun lo verificaban los antedichos en sus torneos delante de los Reyes Católicos; dándole la muerte de la manera mas sorprendente por el sistema fulminante.

Además del toro de muerte se sacarán otros dos para los aficionados.

La funcion estará exornada con todo el homenaje que sea necesario, sin omitir gasto alguno por parte de los empresarios de la plaza, ni por la del director; y para mayor comodidad del público se abrirán las dos puertas de la plaza, tanto para la entrada como para la salida.

Celebraremos que doña Anastasia no haya sufrido de trimento, cabalgando, picando y banderilleando como los romanos delante de los Reyes Católicos, y esperamos que venga por acá, á ver si la contrata Mr. Bagier y aumenta unos cuantos reales el precio de los asientos.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

Muchos petardos me dió este sexo masculino de España, y por eso no le daría un feo yo á un amante cochinchino.

La señora de siempre.

No hemos visto la zarzuela Matar ó Morir, pero sabemos que no llamaron á los autores la noche que se estrenó.

¡Aquí del espectro!

La comedia Abreme V. la puerta, parece que ha tenido la misma suerte que la zarzuela que dejamos citada.

La culpa es del autor, que no ha sacado ni un espectrillo de mala muerte siquiera.

Se anuncia la publicacion de otros dos periódicos políticos para ilustracion de España y mayor claridad y órden en la política.

¡Bueno vá!

que los alabareros y los bancos. Desengañémonos, señores; el público quiere reirse en el teatro, y no llorar, porque bastante tiene cada uno que llorar las desgracias propias y ajenas para venir aquí á llorar las nuestras, es decir, las que nosotros parece que lloramos cuando realmente, la única que nos llega á lo vivo, es la de salir á la escena y ver las butacas muertas de risa y en los rincones de los anfiteatros alguna que otra pareja de gente de casa, se entiende, y completa soledad en el resto de las localidades. Si VV. quieren tener un poquito de paciencia, añadió dirigiéndose á los sublevados, y esperar que pongamos la comedia que yo he escrito para mí beneficio, verán VV. cómo la cosa varia de aspecto.

—Holia, le interrumpi: ¿conque V. tambien escribe comedias?

—¡Bah! sí, señor, me contestó; ya hay muy pocos actores que no sean literatos tambien, y dia llegará que no se representen mas obras que las que nosotros mismos componemos.

—Es decir, que quiere V. imitar á Rojas y á Moliere.

—No conozco á esos señores mas que para servirlos; yo no quiero imitar á nadie; el actor debe tener su estilo propio, especial, espontáneo.... Pues si señor, esa comedia mia...

—¿Cómo tuya?... le interrumpió una parte de por medio, si la has traducido del francés, y te la ha puesto en verso el apuntador, que tiene un hijo que es cajista de la Regeneracion, y ha aprendido á hacer versos, sin otro maestro que las composiciones que alguna vez le dan á componer para el periódico?

—Bien, lo mismo dá! exclamó el gracioso, á quien no hizo mucha gracia la observacion de aquel émulo de Talma.

—Y es de costumbres ¿a comedia de V? le pregunté para tranquilizarle.

—Si señor; yo me visto de mujer en el primer acto, en el segundo de marroquí, y en el tercero hay una accion de guerra, y me ponen en capilla.

—Y no le fusilan á V?

—No, señor; me escapó de la capilla, vestido con el traje de una aldeana, que está enamorada de mí, y que se queda en mi lugar vestida con el mío.

Todos los periódicos deben haber leído ya la comedia El último que lo sabe, que se va á estrenar en el Príncipe, á juzgar por los elogios que de ella hacen. Nosotros no sabemos si es buena ó mala; por lo que solo podemos decir que se va á representar, y sobra.

EL CASCABEL prepara este mes una sorpresa á sus favorecedores, que creemos les agradará. Por supuesto que á nuestros suscritores no les costará nada; á los que no lo sean les costará una cantidad insignificante. Pronto verán nuestros lectores que no perdonamos medio de manifestar nuestro agradecimiento al favor que ha merecido del público EL CASCABEL.

Las personas que quieran anunciar en el Almanaque cómico de EL CASCABEL, deben apresurarse á llevar á nuestra administración los originales de sus anuncios, para que podamos ir imprimiendo los pliegos destinados á ese objeto, y tengamos tiempo de satinar y encuadernar los ejemplares antes de fin de año. Como verán en el anuncio que insertamos á la cabeza del número, no se reciben anuncios mas que hasta el día 20 próximo.

REVISTA DE MADRID.

La corte de las Españas no ha tenido novedad, que no es novedad el frío que nos hace tiritar.

Lectores, en este aprieto yo no me he visto jamás, tengo que contaros algo, y no tengo qué contar.

Nada pasa, nada ocurre, todo en tal estado está, con disgusto de los que hallan todo su gusto en variar.

Los pobres politiquillos soliviantados están, todas las conversaciones comienzan por el «¿qué hay?»

Y sin embargo no hay nada, nada con que pueda dar, lectores, á mi Revista interés y amenidad.

La Patti sigue cantando. —¿qué divertida estará!— y sigue explotando al público el empresario del Real.

Hay quien acusa á la Patti de que no puede cantar con sentimiento.... ¡Caramba!

—¿Quiere decir que ejecutan á la aldeana por equivocación?...

—No, señor; cuando la van á sacar, viene el perdón del rey.

—De qué rey. —De Felipe IV, he puesto este rey, porque es el que siempre se pone. En la comedia francesa no hay rey, porque la acción es en tiempo de la república; yo he puesto en lugar de Robespierre á Felipe IV.

—Bien hecho! le dije sin poder contener la risa, á pesar de que nunca he sido muy fuerte en cuestiones de conciencia literaria y de buen gusto.

—Por lo demás, continuó el gracioso para convencerme mas plenamente de su ignorancia, lo mismo dice Felipe IV en la comedia mia, que Robespierre en la francesa.

—¿Qué mas dá! contesté. —No tenga V. duda que la comedia tiene por fuerza que hacer efecto.

—Y no teme V. la crítica de los periódicos? —¡Bah! bah! como quien oye llover oigo yo lo que dicen los periódicos. Este año la han tomado conmigo, y todos los días me ponen de ignorante que no hay por donde cogérme; pero á mi por un oído me entra y por otro me sale: el público me aplaude siempre, y yo, en gustando al público, maldito si me importa un rábano lo que digan de mí los periodistas. ¡Qué vengan ellos á hacerlo mejor!

—¡Vamos! exclamó con socarronería uno de los bailarines, que bien te amosca cuando te dicen alguna claridad.

—¡Hombre! es claro, en el primer momento, ¿quién puede ver con calma que le pongan como hoja de peregril?... pero luego lo reflexiono, y los desprecio. Yo estoy acreditado ya, y el público, en cuanto me vé salir, ya se está riendo. A buen seguro, que yo no tengo nunca un sueldo menor de trescientos reales diarios, y los periodistas ganan poco mas al mes.

—Gana V. 300 rs. diarios? —Cuando menos, si señor; que he tenido temporadas de ganar 400, y sin hacer mas que una función nueva cada mes.

—Pues entonces, si V., que no hace mas que represen-

tar un papel de la comedia, gana tanto dinero, y relativamente los demás actores que en ella tomen parte, el que la escriba ganará 3 ó 4.000 rs. diarios.

—¿Qué disparate! El que la escribe gana durante veinte ó treinta dias en todo un año, si la comedia es muy buena, un tanto por ciento que no iguala á mi sueldo.

—No me parece muy equitativo todo eso. —Pues amigo, eso es lo que sucede.

—¿Luego no se puede, siendo autor dramático, aspirar á vivir desahogadamente?...

—Oh! eso si señor; los autores dramáticos son, pongo por caso, como los memorialistas; el que mas escribe, es el que gana mas. Para hacer una buena obra dramática que, segun todos dicen, es lo mas difícil en literatura, se necesita mucho talento, mucho estudio y mucho tiempo; los que estudian mucho y no se apresuran para concluir su trabajo, pueden hacer una comedia cada año, con lo cual, si la comedia dá dinero, que no todas las obras buenas lo suelen dar, ganan una cantidad igual á la que puede ganar un escribiente primero de un ministerio, ó un capitán de infantería. Estos autores no echan coche con la literatura; pero los que escriben una comedia cada mes, tomando una escena de aquí y una situación de allí, y pagando á fulano tanto mas cuanto por versificar un acto, y á un mismo tiempo zurcen dos, si es posible, y traducen todo lo que tiene buen éxito en París, y ofrecen á la empresa un drama, por ejemplo, para el 1.º de setiembre, una comedia para el 15, otro drama para el 30, y un arreglo para octubre, y ocho piezas para los ocho meses de la temporada, y tienen en la prensa tres ó cuatro trompeteros que les prodiguen el bombo y cada dos dias anuncian que Fulano va á escribir una comedia, que la ha escrito ya, que va á leerla, que ya la ha leído, que va á gustar, que ha gustado, que gustará en todos los teatros del mundo.

—esos, señor, esos suelen ganar buen jornal, porque, como escriben muchas, uno ó dos fiascos en cada tres, no les perjudican gran cosa, y como á fuerza de escribir sin descanso, y de publicar su nombre en carteles y periódicos, el público llega á conocerlos y á acostumbrarse á ellos, quedan por dueños de la escena, de la que se alejan los modestos, los que no quieren adular á los actores, ni mendigar su protección, los que no ofrecen co-

—pues si gana un dinerall... Si cada noche se lleva seiscientos duros ó mas, díganme ustedes, la pobre ¿ha de ponerse á llorar? Lo que es ella canta bien, y Mario no canta mal, pero los demás... ¡qué apuntes! ¡qué manera de cantar! Solo una ventaja tienen los que á ese teatro van, que pueden llevar muchos gallos para Navidad.

—¡La Navidad!... ¡Ya se acerca! Llega ya el tiempo fatal de indigestiones y cólicos y horrorosa mortandad!... Que en ese tiempo es costumbre, costumbre tradicional comer mucho, mucho, mucho, atracarse y reventar.

Las viejas y los chiquillos ya relamiéndose están, pensando en las golosinas de la santa Navidad. El maestro á los discípulos muestra afecto singular, y calcula satisfecho cuántos regalos vendrán.

Regala el que tiene chicos y el que muriéndose está, regala el que tiene pleitos... luego los pierde quizás... Regala quien tiene amores, quien no tiene libertad, regala hasta quien no tiene sino esperanza á lo mas.

Todos regalan, lectores, pero debo consignar que no hay un solo periódico que le regale al fiscal, —quien de leer tanto y tanto al fin del año tendrá la cabeza como un bombo ó un tambor de Navidad.

Y todo lo ven los pavos cen su calma singular, y no ven que se prepara degollina general... No oyen una voz terrible que está gritándoles ya: «¡Atrácate, pavo, atrácate! ¡mañana te pelarán!»

Los que han tenido mal año se empiezan á consolar, y el año que viene esperan que mas propicio será...

medias á menor precio que el establecido en la ley, como lo hacia antes, segun parece, uno de los que mas despropósitos han regalado á la escena española, y que debe haberse retirado ya á la vida privada, porque en estos últimos años nada nos ha dado, y como lo hará alguno ahora, y en fin, los que no solicitan el favor de las empresas, y no consideran un oficio como otro cualquiera el arte de Calderon.

Con gran asombro oian al primer actor del género cómico los actores, músicos y danzantes allí reunidos, y él mismo, terminado su discurso, y conociendo la estrañeza que les causaba oírle hablar de aquel modo, añadió: —Pues esta es la verdad, si, señores, y yo podré ser todo lo que VV. quieran, y podré explotar como lo hace la mayor parte de los humanos, al tanto que lo sea tanto que lo tolere; pero no por eso dejo de conocer lo que es verdad, y saber discernir entre lo verdadero y lo falso, entre lo derecho y lo torcido.

Empezaba á anochecer, y nada habian decidido los individuos de aquella escogida compañía, ni se habia presentado el que los dirigia, si era posible dirigir á gente de suyo tan indómita y tan amante de la libertad.

—¿Dónde vamos? decían unos. —A matar á D. José, contestaban otros. —A su casa! —No estará en su casa; estará en casa de Doña Mariquita (la característica).

—Pues á casa de la Mariquita! —¿Dónde está de hijo, es en el café de Venecia. —Pues vamos. Y estaban en esto cuando apareció el mismo D. José, á quien todos saludaron con mucho respeto y abrieron paso, siguiéndole silenciosamente y con la mayor compostura. —Y eso que pocos momentos antes hubo quien propuso nada menos que ir á buscar á D. José para darle muerte.

Yo nada tenia que hacer allí: D. José no me conocia aun, y hubiera sido una imprudencia de mi parte querer asistir á las deliberaciones que, sin duda, iban á empezar en aquellos momentos, para resolver la crisis por que atravesaba aquella familia de artistas, hijos predilectos de las musas conocidas é ignoradas.

(Se continuará.)

—«Para año nuevo, el cesante dice, me colocarán...» y el hambre vá entreteniendo con esperanzas no mas.

—«El año que viene estudio,» dice el muchacho holgazán, y dice su padre: —«El año que viene ya estudiará.»

—«...Lo que es el año que viene si que me voy á casar,» dice la niña que dice: «Las mujeres ¿á qué están?»

—«A ver si el año que viene se decide don Gaspar...» murmura una solterona muy desengañada ya.

Los políticos esclaman sin poderlo remediar: —«Para año nuevo subimos,» y ojalá fuera verdad, ojalá subieran tanto que no pudieran bajar, que llegaran á las nubes y se quedarán allá.

—«El año que viene, dice el tramposo, he de pagar, para arreglar mis asuntos y tener tranquilidad.» Y el acreedor á su vez esclama: —«Me pagará para año nuevo, ó te parto por la médula espinal.»

—«El año que viene, dice el rico, ya tendré mas;» y dice el pobre: —«¡Ay! Dios mio, ¡si tendran mis hijos pan!»

Y hasta el pobre moribundo que con el año se irá, sueña con que el año próximo irá á bañarse en el mar.

En fin, el año que estamos á padie; interesa ya... no es ya mas que un año menos, ¡ay! también un año mas.

Vaya, lectores del alma, no tengo mas que contar, si os ha parecido poco mas otro dia será!

Por lo contenido en este número

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.